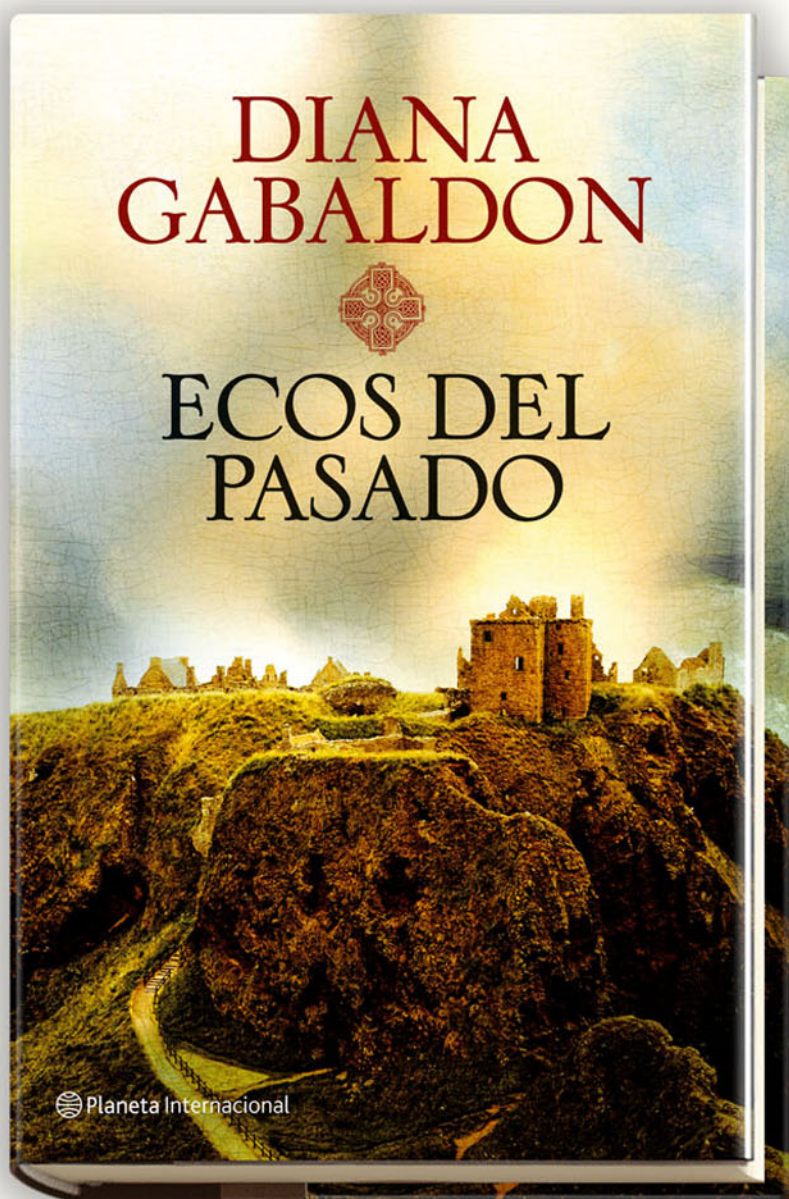


1er. Capítulo  
**Ecos del pasado**  
Diana Gabaldon



Avalada por 16 millones de lectores, Diana Gabaldon se ha convertido con su serie *Forastera* en un referente en todo el mundo.

Diana Gabaldon  
ECOS DEL PASADO

Traducción de Mireia Carol Gres

*A todos mis buenos perros:*

Penny Louise

Tipper John

John

Flip

Archie y Ed

Tippy

Spots

Emily

Ajax

Molly

Gus

Homer y J. J.

Escribir uno de estos libros suele llevarme unos buenos tres años. Durante ese tiempo no dejo de preguntarle cosas a la gente, y siempre encuentro a personas muy serviciales que me proporcionan datos fascinantes que a mí no se me ocurrió pedir. Nunca podré acordarme de todos ellos, pero los recuerdo con enorme gratitud.

Querría asimismo expresar mi más profundo agradecimiento a...

...John Flicker y Bill Massey, mis editores, ambos caballeros de rompe y rasga, que se enfrentaron con nobleza a un libro escrito a pedazos (muchos pedazos) y a una autora que vive peligrosamente.

...Danny Baror y Russell Galen, mis agentes literarios, dos señores que valen literalmente su peso en oro, que es mucho decir en estos tiempos de recesión.

...Kathy Lord, heroica correctora de estilo, y Virginia Norey, diseñadora de libros (también conocida como «la diosa de los libros»), que son conjuntamente responsables de la belleza y el interés de este volumen.

...Vincent La Scala y los demás miembros tiránicamente utilizados del equipo de producción, que consiguieron hacer que este libro llegara a la imprenta a tiempo contra toooodo pronóstico.

...Steven Lopata, por su vívido relato de cómo una mocasín de agua perseguiría a alguien por tierra, así como por su poética descripción del olor de las víboras cobrizas («Una combinación del tufo del terrario del zoo y el hedor a pepinos podridos»).

...Catherine MacGregor y Catherine-Ann MacPhee por sus traducciones del *gàidhlig*<sup>1</sup> y su ayuda con las sutilezas del uso de esa lengua, así como a Katie Beggs y varios miembros poco conocidos pero muy apreciados de la International Gaelic Mafia.

...Tess, la enfermera, el doctor Amarilis Iscold, Sarah Meir (enfermera especializada en obstetricia), y muchos otros amables profesionales del sector de la medicina por su asesoramiento en relación con temas médicos, enfermedades pintorescas y horripilantes detalles quirúrgicos.

1. «Gaélico», en gaélico en el original. (*N. de la t.*)

...Janet McConnaughey por las entradas del *OEDILF (Omnificent English Dictionary in Limerick Form)*, que fue la Musa de las Hachas Sangrientas y que llamó mi atención sobre los cipreses que explotan.

...Larry Tuohy (y otros) por decirme el aspecto que tiene el chaquetón de vuelo de un piloto de Spitfire.

...Ron Parker, Helen, Esmé y Lesley, por su *ashuda* con el mico *pelúo*.

...Beth y Matthew Shope y Jo Bourne, por la útil información que me proporcionaron en relación con la Sociedad Religiosa de los Amigos. Cualquier imprecisión es, sin duda alguna, culpa mía.

...Jari Backman, por sus detallados cronogramas y sus listados de extractos, además de por su ayuda con el cielo nocturno cuyas estrellas se pueden ver en Inverness y el cerro de Fraser.

...Katrina Stibohar, por sus listas exquisitamente detalladas de quién nació cuándo y qué le sucedió a cada cual entonces. También a las hordas de bichos raros amablemente triviales que están siempre a mano para decirme cuántos años tiene alguien, o si lord John conoció a Fergus cuando tenía el sarampión.

...Pamela Patchet Hamilton (y Buddy), por su descripción apestosamente vívida de cómo recibe uno a bocajarro la rociada de una mofeta.

...Karen Henry, zarina de Traffic, que mantiene organizada mi carpeta de la Compuserve Books and Writers Community y a sus habitantes diplomáticamente agrupados (<http://community.compuserve.com/n/pfx/forum.aspx?nav=start&webtag=ws-books>).

...Nikki Rowe y su hija Caitlin, por el maravilloso canal de YouTube que crearon para mí (<http://www.youtube.com/user/voyagesoftheartemis-para quienes deseen ver si realmente parezco el Pato Donald cuando hablo->).

...Rosana Madrid Gatti, la creadora de mi página web, por sus rápidas y fieles actualizaciones y su imaginativo diseño.

...Susan Butler, por su constante apoyo logístico, cuidar de mis perros por las noches, mantenerme bien provista de cartuchos de tinta negra, y por su brillante sugerencia acerca de Jem.

...Allene Edwards, Catherine MacGregor y Susan Butler, por la corrección de las pruebas y su ayuda en la localización de erratas, utilísima (aunque agotadora para la vista).

...Shirley Williams, por las galletas moravas y las imágenes de New Bern.

...Becky Morgan, por los libros de cocina históricos.

...mi bisabuelo, Stanley Sykes, por la frase de Jamie sobre la buena puntería.

...Bev LaFrance, Carol Krenz y muchas otras personas, por su ayuda con el francés. También a Florence, la traductora, Peter Berndt y Gilbert Sureau

por las bonitas distinciones entre el padrenuestro francés de 1966 (*accorde-lui*) versus la versión anterior y más formal (*accordez-lui*).

...John S. Kruszka, por la ortografía y la pronunciación correctas de «Kościszko» (es «kohs-CHOOSH-koh», por si les interesa; nadie durante la revolución era capaz de pronunciarlo tampoco, en realidad todos lo llamaban «Kos»).

...las Damas de Lallybroch,<sup>2</sup> por su continuo apoyo y sus atractivos regalos.

...mi marido, porque sabe muy bien para qué sirve un hombre, entre otras cosas.

...Alex Krislov, Janet McConnaughey y Margaret Campbell, moderadores de la Compuserve Books and Writers Community, y las muchas, muchas, muchísimas personas que visitan diariamente el sitio aportando observaciones, información y entretenimiento en general.

...Alfred Publishing por permitirnos citar parte de la letra de *Tighten up*, de Archie Bell & the Drells.

Hemos reproducido «El cisne blanco», tomado del *Carmina Gadelica*, con la amable autorización de Floris Books.

2. Club de fans de Diana Gabaldon y de la serie *Forastera* que produce su propia línea de regalos. (*N. de la t.*)

## PRÓLOGO

El cuerpo es asombrosamente plástico. El alma, más aún. Pero hay ciertas cosas de las que no hay vuelta atrás.

¿Eso crees, *a nighean*?<sup>3</sup> Ciertamente, es fácil que el cuerpo resulte mutilado y el alma tullida, sin embargo, en el hombre hay algo que es indestructible.

3. «Niña», en gaélico en el original. (*N. de la t.*)



## PRIMERA PARTE

Aguas revueltas

## 1. UNAS VECES ESTÁN REALMENTE MUERTOS

*Wilmington, colonia de Carolina del Norte  
Julio de 1776*

La cabeza del pirata había desaparecido. William oyó especular a un grupo de hombres ociosos en el muelle próximo, que se preguntaban si volverían a verlo.

–Nooo, se ha ido para siempre –dijo un tipo andrajoso de sangre mestiza sacudiendo la cabeza–. Si no se lo llevan los caimanes, el agua lo hará.

Un leñador trasladó el tabaco que estaba mascando de un lado a otro de la boca y escupió en el agua en señal de desacuerdo.

–No, durará un día más, tal vez dos. Las partes cartilaginosas que sujetan la cabeza al cuerpo se secan al sol. Se ponen duras como si fueran de hierro. Lo he visto muchas veces en ciervos muertos.

William vio a la señora MacKenzie echar una mirada rápida al puerto y luego apartar los ojos. Parecía pálida, pensó, y se desplazó ligeramente para ocultarle a los hombres y el flujo marrón de la fuerte marea, aunque, como es natural, al haber marea alta, el cuerpo atado a la estaca no quedaba a la vista. La estaca era, sin embargo, un espantoso recuerdo del precio del crimen. Habían amarrado a ella al pirata varios días antes para que muriera en las marismas, y su cuerpo putrefacto era un tema constante de conversación en la comunidad.

–¡Jem! –gritó el señor MacKenzie en tono cortante, y pasó corriendo junto a William en persecución de su hijo.

El chiquillo, pelirrojo como su madre, se había alejado para escuchar la charla de los hombres y ahora se asomaba peligrosamente sobre el agua, agarrándose a un bolardo para intentar ver al pirata muerto.

El señor MacKenzie agarró al chico por el cuello de la camisa, lo arrastró hacia adentro y lo cogió en brazos, a pesar de que el crío se debatía estirándose hacia atrás en dirección al puerto pantanoso.

—¡Quiero ver cómo el lagarto se come al pirata, papi!

Los hombres se echaron a reír, e incluso MacKenzie esbozó una ligera sonrisa, aunque ésta desapareció cuando miró a su esposa. Al instante estaba junto a ella, sosteniéndola por el codo con una mano.

—Creo que deberíamos irnos —dijo cambiándose a su hijo de brazo con el fin de sostener mejor a su esposa, cuyo malestar era evidente—. Estoy seguro de que el teniente Ransom, quiero decir, lord Ellesmere —se corrigió dirigiéndole a William una sonrisa de disculpa— debe de tener otros compromisos.

Era cierto. William había quedado con su padre para cenar. Sin embargo, habían de encontrarse en la taberna situada justo al otro lado del muelle. No había ningún riesgo de que se marchara. William así lo manifestó, e insistió en que se quedaran, pues estaba disfrutando con su compañía, en particular con la de la señora MacKenzie, pero ella sonrió con pesar, aunque ahora tenía mejor color, y dio unas palmaditas a la cabecita abrigada con un gorro del bebé que llevaba en brazos.

—No, de verdad tenemos que irnos. —Ella miró a su hijo, que aún se debatía por bajarse, y William vio sus ojos lanzar una rápida ojeada en dirección al puerto y al horrible poste que se erguía por encima del agua. Apartó, decidida, la vista y fijó los ojos en el rostro de William en su lugar—. El bebé se está despertando. Tendrá hambre. Sin embargo, ha sido muy agradable conocerlo. Ojalá pudiéramos hablar más. —Hizo este último comentario con gran sinceridad y le tocó ligeramente el brazo a William, lo que le provocó una agradable sensación en la boca del estómago.

Ahora, los haraganes hacían apuestas sobre la reaparición del pirata ahogado, aunque ninguno de ellos tenía pinta de tener un centavo en el bolsillo.

—Apuesto dos a uno a que sigue ahí cuando baje la marea.

—Cinco a uno a que el cuerpo está aún ahí pero la cabeza ha desaparecido. Digas lo que digas sobre las partes cartilagosas, Lem, esa cabeza colgaba de un hilo cuando subió la última marea. La próxima se la llevará, estoy seguro.

Con la esperanza de sofocar esa conversación, William se embarcó en una elaborada despedida, llegando incluso a besarle la mano a la señora MacKenzie con la mayor galantería, besando también, llevado por la inspiración, la mano del bebé, lo que hizo reír a todo el mundo. El señor MacKenzie le dirigió una mirada bastante extraña, aunque no parecía ofendido, y le estrechó la mano con gesto republicano siguiéndole la broma. Dejó a su hijo en el suelo e hizo que le estrechase la mano a su vez.

—¿Has matado a alguien? —preguntó el niño con interés mirando la espada de ceremonia de William.

—No, aún no —respondió él, con una sonrisa.

–¡Mi abuelo mató a dos docenas de hombres!

–¡Jemmy! –dijeron ambos padres a la vez, y el chiquillo levantó los hombros por encima de las orejas.

–Bueno, ¡es verdad!

–Estoy seguro de que tu abuelo es un hombre valiente y temible –aseguró William, muy serio–. El rey siempre necesita hombres así.

–Mi abuelo dice que el rey puede irse al carajo –repuso el chico como si tal cosa.

–¡JEMMY!

El señor MacKenzie se apresuró a taponarle la boca con la mano a su sincero retoño.

–¡Sabes muy bien que el abuelo no ha dicho eso! –lo reprendió la señora MacKenzie.

El niño asintió con la cabeza y su padre retiró la mano que lo amordazaba.

–No. Pero la abuela sí.

–Bueno, eso es más probable –murmuró el señor MacKenzie, intentando, obviamente, no echarse a reír–. Pero, con todo, no hay que decirles esas cosas a los soldados. Ellos trabajan para el rey.

–Ah –dijo Jemmy, perdiendo claramente el interés–. ¿Ahora está bajando la marea? –preguntó esperanzado, volviendo a estirar el cuello en dirección al puerto.

–No –contestó su padre, rotundo–. No bajará hasta dentro de unas horas. Tú ya estarás en la cama.

La señora MacKenzie le sonrió a William a modo de disculpa, con las mejillas encantadoramente arrojadas, y la familia se marchó con cierta prisa, dejándolo debatiéndose entre la risa y la consternación.

–¡Eh, Ransom!

Se volvió al oír su nombre y descubrió a Harry Dobson y a Colin Osborn, dos subtenientes de su regimiento que, evidentemente, habían escapado a sus deberes y estaban impacientes por ir a indagar en los pocos antros de perdición de Wilmington.

–¿Quiénes son? –Dobson miró al grupo que se alejaba, interesado.

–Son el señor y la señora MacKenzie. Amigos de mi padre.

–Ah, casada, ¿no? –Dobson hundió los carrillos sin dejar de mirar a la mujer–. Bueno, eso complica un poco más las cosas, supongo, pero ¿qué sería la vida sin un reto?

–¿Reto? –William le lanzó a su diminuto amigo una mirada agria–. Su marido es tres veces más grande que tú, por si no te habías dado cuenta.

Osborn profirió una carcajada, poniéndose colorado.

–¡Ella es dos veces él! Te aplastará, Dobby.

–¿Y qué te hace pensar que quiero estar debajo? –repuso Dobson con dignidad.

Osborn soltó una risotada.

—¿Por qué tienes esa obsesión con las mujeres grandes? —le preguntó William. Miró a la pequeña familia, que ahora casi se había perdido de vista al final de la calle—. ¡Esa mujer es casi tan alta como yo!

—Eso, restriégaselo por las narices —Osborn, que rebasaba el metro y medio de Dobson pero que seguía siendo una cabeza más bajo que William, fingió propinarle un puntapié en la rodilla.

William lo esquivó y le soltó un bofetón a Osborn, quien lo evitó y lo empujó contra Dobson.

—¡Caballeros! —El amenazador acento cockney del sargento Cutter los hizo recuperar la compostura al instante.

Tal vez el rango de los tres jóvenes fuera superior al del sargento, pero ninguno de ellos iba a tener la desfachatez de hacérselo notar. Todo el batallón temía al sargento Cutter, que era más viejo que Matusalén y casi tan alto como Dobson, pero contenía en su físico diminuto la furia desbocada de un volcán en erupción.

—¡Sargento! —El teniente William Ransom, conde de Ellesmere y el mayor del grupo, se puso firme, con la barbilla hundida en el pecho.

Osborn y Dobson siguieron apresuradamente su ejemplo, temblando dentro de sus botas.

Cutter comenzó a andar arriba y abajo por delante de ellos, tal como lo haría un leopardo al acecho. No era difícil imaginarlo dando latigazos con la cola y empezando a lamer los pedazos, pensó William. Esperar a que te asestara el mordisco era casi peor que recibirlo en el culo.

—¿Puede saberse dónde están sus tropas, señores? —gruñó Cutter.

Osborn y Dobson comenzaron a farfullar explicaciones al unísono, pero, por una vez, los ángeles estaban de parte del teniente Ransom.

—Mis hombres están haciendo guardia en el Palacio del Gobernador, bajo el mando del teniente Colson. Yo estoy de permiso, sargento, para cenar con mi padre —añadió respetuosamente—. Me lo ha autorizado sir Peter.

Sir Peter Packer era una persona muy influyente, y Cutter se moderó al oírlo. Pero, para sorpresa de William, no fue el nombre de sir Peter lo que ocasionó esa reacción.

—¿Su padre? —repuso Cutter, entornando los ojos—. Es lord John Grey, ¿verdad?

—Eh..., sí —contestó William con cautela—. ¿Lo... conoce?

Antes de que Cutter pudiera responder, se abrió la puerta de una taberna próxima y salió el padre de William. Éste sonrió encantado ante tan oportuna aparición, pero pronto borró su sonrisa cuando la penetrante mirada del sargento se posó en él.

—Deje de sonreírme como un mico peludo —comenzó el sargento en

tono peligroso, pero lord John lo interrumpió palmoteándole el hombro con familiaridad, algo que ninguno de los tres jóvenes tenientes habría hecho ni siquiera a cambio de una significativa cantidad de dinero.

—¡Cutter! —exclamó lord John con una cálida sonrisa—. He oído esa voz tan dulce y me he dicho: ¡que me aspen si no es el sargento Aloysius Cutter! No puede haber ningún otro hombre vivo en el mundo cuya voz recuerde tanto a un bulldog que se ha tragado un gato y ha vivido para contarlo.

—¿Aloysius? —le dijo Dobson en voz baja a William, pero éste sólo profirió un breve gruñido como en voz baja, incapaz de encogerse de hombros, pues su padre había vuelto ahora su atención hacia él.

—William —dijo con un gesto cordial—. Qué puntual eres. Te pido disculpas por llegar tan tarde. Me han retenido. —Sin embargo, antes de que William pudiera responder o presentarle a los demás, lord John se había embarcado ya en la evocación de lejanos recuerdos con el sargento Cutter, reviviendo los buenos viejos tiempos transcurridos en las Llanuras de Abraham con el general Wolfe.

Eso permitió a los tres jóvenes oficiales relajarse un poco, lo que, en el caso de Dobson, supuso regresar al curso anterior de sus pensamientos.

—¿Dijiste que esa preciosidad de pelo rojo era amiga de tu padre? —le susurró a William—. A ver si le preguntas dónde vive, ¿eh?

—Idiota —siseó Osborn—. ¡Si ni siquiera es bonita! Tiene la nariz tan larga como... como... como Willie!

—Mi vista no alcanza tan arriba como para verle la cara —repuso Dobson sonriendo con afectación—. Pero tenía sus tetas al nivel de los ojos, y esos...

—¡Imbécil!

—¡Chsss! —Osborn le propinó a Dobson un pisotón para hacerlo callar mientras lord John se volvía hacia los jóvenes.

—¿No me presentas a tus amigos, William? —preguntó, cortés.

Ruborizado —tenía motivos para saber que su padre poseía un oído muy fino a pesar de sus experiencias con la artillería—, William procedió a hacer las presentaciones, y tanto Osborn como Dobson lo saludaron con una reverencia, con aire de admiración. No se habían percatado de quién era su padre, y William se sentía a la vez orgulloso de que estuvieran impresionados y ligeramente consternado porque hubieran descubierto la identidad de lord John: al día siguiente antes de cenar lo sabría todo el batallón. No es que sir Peter no lo supiera, por supuesto, pero...

Recobró la serenidad, apercibiéndose de que su padre se estaba despidiendo ya de ellos dos, y le devolvió el saludo al sargento, apresuradamente pero con corrección, antes de correr tras su padre, dejando que Dobby y Osborn se enfrentaran a su destino.

—Te vi hablando con los MacKenzie —observó lord John en tono des-

preocupado—. ¿Están bien? —Miró hacia el muelle, pero la familia se había perdido de vista hacía rato.

—Eso parecía —respondió Willie.

No iba a preguntarle dónde se alojaban, pero la joven le había causado una profunda impresión. No sabía decir si era bonita o no. Sin embargo, sus ojos lo habían impactado. Unos ojos de un azul profundo maravilloso, con unas largas pestañas cobrizas que lo miraban con una halagadora intensidad que le había hecho vibrar el corazón. Por supuesto, era grotescamente alta, pero... ¿qué estaba pensando? Estaba casada..., ¡tenía hijos! Y, para colmo, era pelirroja.

—¿Hace..., eh..., hace mucho que los conoces? —inquirió pensando en los sentimientos políticamente incorrectos que, por lo visto, reinaban en la familia.

—Bastante. Ella es hija de uno de mis más viejos amigos, el señor James Fraser. ¿Te acuerdas de él por casualidad?

William frunció el ceño, sin conseguir ubicar el nombre. Su padre tenía cientos de amigos, ¿como iba él a...?

—¡Aaah! —repuso—. No te refieres a un amigo inglés. ¿No era un tal señor Fraser aquel que visitamos en las montañas cuando caíste enfermo de... de sarampión?

Experimentó una sensación levemente desagradable en el estómago al recordar el profundo terror que había sentido en aquella ocasión. Había viajado a través de las montañas aturdido de tristeza. Su madre había muerto hacía tan sólo un mes. Entonces, lord John había enfermado de sarampión, y William se había convencido de que su padre iba a morir también, dejándolo completamente solo en las tierras vírgenes. Su cabeza no tenía cabida para nada que no fuera el miedo y el dolor, y no conservaba de la visita más que un montón de impresiones confusas. Recordaba vagamente que el señor Fraser lo había llevado de pesca y había sido amable con él.

—Sí —contestó su padre con una sonrisa de oreja a oreja—. Estoy conmovido, Willie. Pensé que tal vez recordarías esa visita más a causa de tu propia desventura que de la mía.

—Desven... —El recuerdo lo asaltó, seguido de una oleada de calor, más caliente que el húmedo aire veraniego—. ¡Muchas gracias! ¡Había logrado expulsarlo de mi memoria hasta que lo has mencionado!

Su padre se reía sin disimulo. De hecho, se estaba desternillando de la risa.

—Lo siento, Willie —se disculpó, jadeando y secándose los ojos con una esquina de su pañuelo—. No puedo evitarlo. Fue lo más... lo más..., oh, Dios mío, ¡nunca olvidaré tu aspecto cuando te sacamos de aquel retrete!

—Sabes que fue un accidente —señaló William, envarado. Le ardían las

mejillas al recordar la vergüenza pasada. Menos mal que la hija de Fraser no se encontraba presente entonces para presenciar su humillación.

—Sí, claro. Pero... —Su padre presionó el pañuelo contra la boca mientras sus hombros se agitaban en silencio.

—Puedes dejar de cacarear cuando quieras —dijo William con frialdad—. Por cierto, ¿adónde vamos?

Habían llegado al final del muelle y su padre se encaminaba, resoplando aún como una orca, hacia una de las tranquilas calles flanqueadas de árboles, lejos de las tabernas y las posadas próximas al puerto.

—Vamos a cenar con el capitán Richardson —respondió su padre, controlándose con evidente esfuerzo. Tosió, se sonó la nariz y se guardó el pañuelo en el bolsillo—. En casa de un tal señor Bell.

La casa del señor Bell era blanca, bonita y próspera, sin ser por ello ostentosa. El capitán Richardson daba más o menos la misma impresión: de mediana edad, acicalado y bien vestido, sin un estilo particular, y con una cara que uno no podría distinguir de las demás en medio de una multitud dos minutos después de haberla visto. Las dos señoritas Bell eran mucho más impresionantes, en especial la más joven, Miriam, que tenía unos rizos color miel que se le escapaban de la cofia y unos ojos grandes y redondos que no se apartaron de William durante toda la cena. Estaba sentada demasiado lejos para que él pudiera conversar con ella directamente, pero suponía que el lenguaje ocular bastaba para indicarle que la fascinación era mutua, y que si más tarde se presentaba una oportunidad para comunicarse de modo más personal... Ella respondió con una sonrisa y un coqueto pestañeo, seguidos de una rápida mirada hacia una puerta abierta en el porche lateral para dejar entrar el aire. Él le devolvió la sonrisa.

—¿No lo crees así, William? —inquirió su padre en un tono lo bastante alto como para indicarle que era la segunda vez que le preguntaba.

—Oh, sí, claro. Ejem..., ¿creer qué? —preguntó, pues, al fin y al cabo, se trataba de papá, y no de su comandante. Su padre le lanzó aquella mirada que indicaba que, de no haber estado en público, habría puesto los ojos en blanco, pero le respondió con paciencia.

—El señor Bell preguntaba si sir Peter tenía intención de quedarse en Wilmington. —El señor Bell, a la cabecera de la mesa, se inclinó con gracia, aunque William observó que entornaba levemente los ojos mirando a Miriam.

Tal vez sería mejor que regresara para verla al día siguiente, pensó, cuando el señor Bell estuviera en la oficina.

—Bueno, no creo que nos quedemos mucho tiempo aquí, señor —respondió respetuosamente al señor Bell—. Según tengo entendido, el problema principal está en el interior, así que, sin duda, nos marcharemos para reprimirlo sin demora.



El señor Bell parecía complacido, aunque, por el rabillo del ojo, William vio a Miriam componer un encantador gesto de disgusto ante la idea de su inminente partida.

–Bueno, bueno –repuso Bell alegremente–. Sin duda cientos de lealistas acudirán en tropel a unirse a ustedes durante su marcha.

–Indudablemente, señor –murmuró William, y tomó otra cucharada de sopa.

Dudaba que el señor Bell se contara entre ellos. No tenía pinta de ser de los que marchan. En cualquier caso, la ayuda de muchos provincianos inexpertos armados con palas no iba a ser de gran utilidad, pero eso no podía decirlo.

Intentando ver a Miriam sin mirarla directamente, William interceptó el parpadeo de una mirada entre su padre y el capitán Richardson, y, por primera vez, comenzó a hacerse preguntas. Su padre le había dicho con toda claridad que iban a cenar con el capitán Richardson, indicando que el motivo de la velada era reunirse con él. ¿Por qué?

Entonces captó una mirada de la señorita Lillian Bell, que estaba sentada frente a él, al lado de su padre, y dejó de pensar en el capitán Richardson. Era morena, más alta y más delgada que su hermana, pero era una chica en verdad muy guapa, observó ahora.

Sin embargo, cuando la señora Bell y sus hijas se pusieron en pie y los hombres se retiraron al porche después de la cena, a William no le sorprendió encontrarse en un extremo del mismo con el capitán Richardson, mientras su padre, en el extremo opuesto, distraía al señor Bell con una animada conversación sobre los precios de la brea. Papá podía hablar con cualquiera de cualquier cosa.

–Tengo una propuesta que hacerle, teniente –dijo Richardson una vez que hubieron intercambiado las formalidades habituales.

–Sí, señor –repuso William con corrección. Se le estaba despertando la curiosidad.

Richardson era capitán de la caballería ligera, pero ahora no se hallaba con su regimiento. Lo había revelado durante la cena, diciendo, sin darle importancia, que se hallaba destacado, cumpliendo una misión. ¿Destacado para hacer qué?

–No sé cuánto le habrá contado su padre acerca de mi misión.

–Nada, señor.

–Ah. Me han encargado obtener información en el Departamento del Sur. No es que yo esté al mando de tales operaciones, ¿entiende? –el capitán sonrió con modestia–, sólo de una pequeña parte de ellas.

–Yo... me doy cuenta del gran valor de esas operaciones, señor –respondió William procurando ser diplomático–, pero..., por lo que a mí respecta, es decir...

—No tiene usted ningún interés en espiar. No, por supuesto que no. —El porche estaba a oscuras, pero el tono seco del capitán era evidente—. Pocos hombres que se consideren a sí mismos soldados lo tienen.

—No pretendía ofenderlo, señor.

—No me ha ofendido. Sin embargo, no le estoy reclutando como espía, ésa es una ocupación delicada, que, además, entraña cierto peligro, sino más bien como mensajero. Aunque si tuviera ocasión de actuar, de paso, como agente de inteligencia..., bueno, sería una contribución adicional que apreciaríamos muchísimo.

William sintió que la sangre acudía a su rostro ante la implicación de que no era capaz ni de actuar con delicadeza ni de vivir situaciones de peligro, pero mantuvo la compostura y sólo dijo:

—¡Ah!

El capitán, al parecer, había conseguido información importante acerca de las condiciones locales en las Carolinas y ahora necesitaba enviársela al comandante del Departamento del Norte, el general Howe, que en ese momento se encontraba en Halifax.

—Por supuesto, mandaré a más de un mensajero —observó Richardson—. Por barco es algo más rápido, como es natural, pero quiero que al menos un mensajero viaje por tierra, tanto por motivos de seguridad como para que haga observaciones *en route*.<sup>4</sup> Su padre habla maravillas de sus capacidades, teniente —¿había un leve deje de ironía en aquella voz seca como el serrín?—, y tengo entendido que ha viajado usted extensamente por Carolina del Norte y Virginia. Ése es un valioso atributo. Comprenderá que no quiera que mi mensajero desaparezca para siempre en el Dismal Swamp.<sup>5</sup>

—Ja, ja —rió William, cortés, dándose cuenta de que el capitán pretendía hacer un chiste.

Estaba claro que Richardson no había estado nunca cerca del Great Dismal. William, sí, a pesar de que no creía que nadie en su sano juicio pasara por allí a propósito, salvo para ir de caza.

También tenía serias dudas acerca de la sugerencia del capitán, aunque, a pesar de que se decía que no debía ni pensar en dejar a sus hombres, a su regimiento..., ya estaba imaginándose románticamente a sí mismo solo en el vasto desierto, portando importantes noticias a través de peligros y tormentas.

Sin embargo, lo que lo esperaba al final del viaje era más que una consideración.

4. «Por el camino», en francés en el original. (*N. de la t.*)

5. El Great Dismal Swamp es una área pantanosa situada en la llanura costera del sureste de Virginia y el nordeste del estado de Carolina del Norte, entre Norfolk, Virginia y Elizabeth City. (*N. de la t.*)

Richardson previó su pregunta y le dio una respuesta antes de que pudiera formularla.

—Una vez en el norte, si le parece bien, se uniría al estado mayor del general Howe.

Bueno, pensó. Allí estaba la manzana, y era roja y jugosa. Era consciente de que «si le parece bien» se refería más al general Howe que a él, pero confiaba en sus propias capacidades y pensaba que podía resultar de utilidad.

No había estado más que unos días en Carolina del Norte, pero con ello le bastaba para hacer una evaluación precisa de las posibilidades de avance entre el Departamento del Norte y el del Sur. La totalidad del ejército continental se encontraba con Washington en el norte. La rebelión sureña parecía consistir en grupúsculos problemáticos de aldeanos y milicias improvisadas que apenas suponían una amenaza. Y en lo tocante al estatus relativo de sir Peter y el general Howe como comandantes...

—Si es posible, me gustaría reflexionar sobre su propuesta, capitán —dijo esperando que no se le notara la impaciencia en el tono de voz—. ¿Puedo darle la respuesta mañana?

—Por supuesto. Imagino que deseará comentar las perspectivas con su padre. Puede hacerlo.

Entonces, Richardson cambió deliberadamente de tema y, al cabo de unos instantes, lord John y el señor Bell se habían unido a ellos y la conversación adoptó un tono general.

William no estaba muy atento a lo que se decía, pues la imagen de dos delgadas figuras blancas, inmóviles como fantasmas entre los arbustos al otro extremo del jardín, distraía su atención. Dos cabezas blancas con cofia que se juntaban y se separaban. De vez en cuando, una de ellas se volvía brevemente hacia el porche con aire especulativo.

—Por lo que respecta a la ropa, le dan mucha —murmuraba su padre meneando la cabeza.

—¿Eh?

—No importa. —Su padre sonrió y se volvió hacia el capitán Richardson, que acababa de decir algo sobre el tiempo.

Las luciérnagas iluminaban el jardín, flotando como chispas verdes entre la vegetación húmeda y exuberante. Era agradable volver a ver luciérnagas. Las había echado de menos en Inglaterra, y también aquella peculiar suavidad del aire del sur que le pegaba la ropa al cuerpo y le hacía palpar la sangre en la punta de los dedos. Los grillos chirriaban a su alrededor y, por unos instantes, su canto pareció sobreponerse a todo salvo al latido de su corazón.

—El café está listo, caballeros. —La suave voz del esclavo de los Bell atravesó la ligera agitación de su sangre, y William entró en la casa con los de-

más hombres lanzando una única mirada hacia el jardín. Las figuras blancas habían desaparecido, pero una impresión de promesa permanecía en el aire suave y tibio.

Una hora después, regresaba a su alojamiento con las ideas agradablemente confusas y con su padre caminando en silencio a su lado.

La señorita Lillian Bell le había concedido un beso entre las luciérnagas al final de la velada, casto y fugaz, pero en los labios, y el denso aire de verano parecía saber a café y a fresas maduras, a pesar del intenso y omnipresente hedor del puerto.

—El capitán Richardson me ha hablado de la propuesta que te ha hecho —dijo lord John en tono informal—. ¿Piensas aceptar?

—No lo sé —respondió William con idéntica despreocupación—. Echaría de menos a mis hombres, por supuesto, pero... —La señora Bell le había insistido en que fuera a tomar el té más adelante esa misma semana.

—La vida militar supone tener que desplazarse a menudo —señaló su padre sacudiendo levemente la cabeza—. Te lo advertí.

William le dirigió un breve gruñido de asentimiento, sin escucharlo realmente.

—Es una buena oportunidad para ascender —le estaba diciendo su padre, a lo que añadió sin miramientos— aunque, por supuesto, la propuesta no deja de entrañar cierto peligro.

—¿Qué? —saltó William al oírlo decir eso—. ¿Cabalgar de Wilmington a Nueva York para coger un barco? ¡Casi todo el camino es carretera!

—Con bastantes continentales en ella —señaló lord John—. Todo el ejército del general Washington se encuentra a este lado de Filadelfia, si las noticias que he recibido son correctas.

William se encogió de hombros.

—Richardson ha dicho que me quería a mí porque conocía el terreno. Puedo arreglármelas bastante bien sin carreteras.

—¿Estás seguro? No has estado en Virginia desde hace casi cuatro años. El tono dubitativo en que lo dijo molestó a William.

—¿No me crees capaz de encontrar el camino?

—No, no es eso, en absoluto —respondió su padre, aún con una nota de duda en la voz—. Pero la propuesta sigue comportando un riesgo. No querría verte aceptarla sin pensarlo como es debido.

—Bueno, ya lo he pensado —replicó William, ofendido—. Aceptaré.

Lord John anduvo unos cuantos pasos en silencio, luego asintió con la cabeza de mala gana.

—La decisión es tuya, Willie —dijo en voz baja—. Sin embargo, personalmente, te agradecería que tuvieras cuidado.

La irritación de William se desvaneció al instante.

—Claro que tendré cuidado —repuso con brusquedad.

Siguieron andando bajo el oscuro dosel de arces y nogales en silencio, tan cerca que sus hombros se rozaban de vez en cuando.

En la posada, William le dio a lord John las buenas noches pero no regresó en seguida a su propia habitación. En su lugar, dio un paseo por el muelle, inquieto, sin ganas de dormir todavía.

La marea había cambiado y estaba muy baja, observó. El olor a peces muertos y algas en putrefacción era más intenso ahora, aunque una fina capa de agua cubría aún las marismas, silenciosas bajo la luz de un cuarto de luna.

Tardó un momento en localizar la estaca. Pensó, por unos instantes, que había desaparecido, pero no, allí estaba, una línea fina y oscura contra el brillo trémulo del agua. Vacía.

La estaca ya no estaba derecha, sino que presentaba una pronunciada inclinación, como si estuviera a punto de caer, y un fino pedazo de cuerda colgaba de ella flotando como el dogal de un ahorcado en la marea baja. William se apercibió de cierto desasosiego visceral. La marea por sí sola no se habría llevado todo el cuerpo. Algunos decían que allí había cocodrilos o caimanes, aunque él todavía no había visto ninguno. Miró involuntariamente hacia abajo, como si uno de aquellos reptiles pudiera surgir de repente del agua a sus pies. El aire era aún cálido, pero sintió un leve escalofrío. Lo ignoró y dio media vuelta para regresar a la posada. No se marcharía antes de uno o dos días, pensó, y se preguntó si, antes de irse, volvería a ver los ojos azules de la señora MacKenzie.

Lord John permaneció un momento en el porche de la posada, observando a su hijo desaparecer en las sombras bajo los árboles. Tenía algunas dudas. La cuestión se había decidido con mayor precipitación de la que le habría gustado, pero confiaba en las capacidades de William. Y, aunque el plan entrañaba sus riesgos, la vida de un soldado era así, aunque algunas situaciones eran más arriesgadas que otras.

Al oír el rumor de la conversación adentro, en el bodegón, titubeó, pero ya había tenido suficiente compañía por esa noche, y la idea de revolverse de un lado a otro con el bajo techo de su habitación encima, ahogándose en el calor acumulado durante todo el día, lo resolvió a caminar hasta que el agotamiento corporal le garantizara el sueño.

No era sólo el calor, reflexionó saliendo del porche y echando a andar en dirección contraria a la que Willie había tomado. Se conocía lo bastante bien a sí mismo como para darse cuenta de que ni siquiera el éxito aparente de su plan le habría ahorrado permanecer despierto en la cama, preocupándose por él como un perro con un hueso, comprobando que no tuviera puntos débiles, buscando maneras de mejorarlo. Al fin y al cabo, William no

iba a marcharse en seguida. Quedaba un poco de tiempo para pensar, para hacer cambios, si fuera necesario.

El general Howe, por ejemplo. ¿Había sido la mejor elección? Tal vez Clinton..., pero no. Henry Clinton era como una vieja quisquillosa que no movía un dedo sin recibir antes órdenes por triplicado.

Los hermanos Howe –uno general, el otro almirante– eran famosos por lo toscos, y ambos tenían los modales, el aspecto y el olor de los cerdos en celo. Sin embargo, ninguno de los dos era estúpido, sabía Dios que no eran tímidos, y Grey consideraba a Willie absolutamente capaz de sobrevivir a la grosería y a la falta de amabilidad. Por otro lado, era probablemente más fácil para un joven subalterno lidiar con un comandante dado a escupir en el suelo –Richard Howe había escupido sobre el propio Grey en una ocasión, aunque había sido de forma prácticamente accidental, pues el viento había cambiado de modo inesperado– que tener que hacer frente a las rarezas de otros militares que Grey conocía.

Sin embargo, incluso los miembros más peculiares de la hermandad de la espada eran preferibles a los diplomáticos. Se preguntó inútilmente cuál podía ser el nombre colectivo correspondiente a un grupo de diplomáticos. Si los escritores formaban la hermandad de la pluma, y un grupo de zorros se llamaba jauría..., ¿una puñalada de diplomáticos, tal vez? ¿Los hermanos del estilete? No, decidió. Demasiado directo. Una opiata de diplomáticos era mejor. La hermandad de los aburridos. Aunque, a veces, los que no eran aburridos podían ser peligrosos.

Sir George Germain pertenecía a uno de los tipos menos corrientes: aburrido y peligroso.

Anduvo un rato arriba y abajo por las calles de la ciudad con la esperanza de quedar agotado antes de regresar a su pequeña y mal ventilada habitación. El cielo estaba encapotado y plomizo, con relámpagos que se filtraban entre las nubes, y el ambiente estaba tan impregnado de humedad como una esponja de baño. En esos momentos debería estar en Albany, no menos húmedo y lleno de bichos, pero algo más fresco y próximo a los preciosos bosques oscuros de los montes Adirondacks.

Con todo, no lamentaba su precipitado viaje a Wilmington. La cuestión de Willie estaba resuelta, eso era lo importante. Y la hermana de Willie, Brianna... Se detuvo en seco por un momento con los ojos cerrados, recordando el instante, trascendente y angustioso, que había vivido aquella tarde al verlos juntos a los dos durante el que sería su único encuentro en toda su vida. Apenas si había podido respirar, con los ojos fijos en aquellas dos altas figuras, aquellos rostros bellos y enérgicos, tan parecidos, y ambos tan similares al hombre que se hallaba en aquel momento a su lado, inmóvil, pero que, a diferencia de Grey, aspiraba grandes y frenéticas bocanadas de aire, como si temiera la posibilidad de no volver a respirar.

Distraído, Grey se frotó el dedo anular de la mano izquierda, no acostumbrado todavía a hallarlo desnudo. Jamie Fraser y él habían hecho todo lo posible para proteger a sus seres queridos y, a pesar de su melancolía, pensar que estaban unidos en esa relación de responsabilidad lo reconfortaba.

Se preguntó si volvería a ver alguna vez a Brianna Fraser MacKenzie. Ella había dicho que no, y parecía tan triste por ello como él.

—Que Dios te bendiga, niña —murmuró meneando la cabeza mientras regresaba al puerto.

La echaría mucho de menos pero, igual que en el caso de Willie, el alivio que sentía porque pronto se hallaría lejos de Wilmington y del peligro superaba su sensación personal de pérdida.

Miró sin querer al agua cuando subía al muelle y profirió un profundo suspiro de alivio al ver la estaca vacía, inclinada en el agua. No había comprendido los motivos por los que ella había hecho lo que había hecho, pero había tratado a su padre —y, lo que es más, a su hermano— durante el tiempo suficiente como para no confundir la tenaz convicción que había visto en aquellos ojos azules de gata. Así que le había conseguido la barquita que ella le había pedido y se había quedado en el muelle lleno de aprensión, dispuesto a inventar una distracción si era necesario, mientras su marido la llevaba remando hacia el pirata amarrado.

Había visto morir a muchos hombres, por lo general de mala gana, de vez en cuando con resignación. Nunca había visto a uno morir con tan apasionada expresión de gratitud en los ojos. Grey sólo conocía a Roger MacKenzie de modo superficial, pero sospechaba que era un hombre extraordinario que no sólo había sobrevivido al matrimonio con aquella fabulosa criatura, sino que incluso había tenido hijos con ella.

Sacudió la cabeza, dio media vuelta y regresó a la posada. Pensó que podía esperar sin peligro otras dos semanas antes de contestar a la carta de Germain, que había hecho desaparecer hábilmente de la bolsa del diplomático cuando había visto en ella el nombre de William. Para entonces podría realmente decir que, por desgracia, cuando llegó la carta, lord Ellesmere se encontraba en algún lugar en medio del desierto entre Carolina del Norte y Nueva York y que, por tanto, no se le pudo informar de que lo habían vuelto a llamar a Inglaterra, aunque él (Grey) estaba seguro de que Ellesmere lamentaría muchísimo haber perdido la oportunidad de unirse a los hombres de sir George cuando se enterara de ello varios meses más tarde. Qué pena.

Se puso a silbar *Lillibulero* y regresó andando a la posada de buen humor.

Se detuvo en la taberna y pidió que le llevaran una botella de vino a la habitación, tras lo cual la camarera le informó de que el «caballero» ya se había subido una botella.

—Y dos copas —añadió dirigiéndole una sonrisa—. Así que no creo que vaya a bebérsela toda él solo.

Grey sintió que algo parecido a un ciempiés le recorría la columna vertebral.

—Perdone —dijo—. ¿Ha dicho que hay un caballero en mi habitación?

—Sí, señor —le aseguró ella—. Dijo que como era un viejo amigo suyo... Veamos, mencionó su nombre... —Su frente se arrugó por unos instantes, luego se relajó—. Bow-shaw, dijo, o algo por el estilo. Un nombre franchute —aclaró—. Y el caballero también era franchute. ¿Querrá algo de comer, señor?

—No, gracias. —Le hizo un gesto con la mano a modo de despedida y subió escaleras arriba pensando con rapidez si había dejado en su habitación algo que no debiera.

Un francés llamado Bow-shaw... «Beauchamp». El nombre irrumpió en su cabeza como el destello de un relámpago. Se detuvo momentáneamente en seco en medio de la escalera y luego reanudó el ascenso más despacio. Seguro que no... pero ¿quién si no podía ser? Cuando había abandonado la vida militar algunos años antes, había comenzado a trabajar en la diplomacia como miembro de la Cámara Negra inglesa, aquella oscura organización de personas encargadas de interceptar y descifrar el correo diplomático oficial que circulaba entre los gobiernos de Europa, además de otros mensajes mucho menos oficiales. Cada uno de esos gobiernos tenía su propia Cámara Negra, y no era inusual que los miembros de una de esas cámaras tuvieran conocimiento de quienes ocupaban un puesto equivalente en el otro lado, nunca de manera personal, pero sí a través de sus firmas, sus iniciales, sus notas al margen infrascritas.

Beauchamp había sido uno de los agentes franceses más activos. Grey se lo había cruzado en su camino varias veces en los años transcurridos, a pesar de que sus propios tiempos en la Cámara Negra habían quedado muy atrás. Dado que él conocía a Beauchamp de nombre, era absolutamente razonable que éste también lo conociera a él, y para que semejante encuentro tuviera lugar allí... Palpó el bolsillo secreto de su abrigo y el leve crujido del papel lo tranquilizó.

Al llegar a lo alto de la escalera titubeó, pero el sigilo no tenía razón de ser. Estaba claro que lo esperaban. Con paso firme, avanzó por el pasillo e hizo girar el pomo de porcelana de su puerta, suave y frío bajo sus dedos.

Una oleada de calor lo engulló y boqueó involuntariamente en busca de aire, lo que fue muy oportuno, pues le impidió pronunciar la blasfemia que había saltado a sus labios.

El caballero que ocupaba la única silla de la habitación era ciertamente «franchute»: su traje maravillosamente cortado estaba adornado con cascadas de encaje blanco inmaculado en el cuello y los puños, sus zapatos se



abrochaban con una hebilla de plata que hacía juego con el cabello de sus sienes.

—Señor Beauchamp —dijo cerrando lentamente la puerta tras de sí. Tenía la ropa empapada adherida al cuerpo, y sentía latir el pulso en las sienes—. Me temo que me coge usted algo desprevenido.

Perseverance Wainwright esbozó una sonrisa, levísima.

—Me alegro de verte, John —dijo.

Grey se mordió la lengua para evitar decir cualquier disparate, descripción que se ajustaba prácticamente a cuanto pudiera decir, pensó, a excepción de «buenas noches».

—Buenas noches —respondió. Alzó una ceja con gesto interrogativo—. ¿Monsieur Beauchamp?

—Ah, sí —Percy recogió los pies bajo su cuerpo haciendo ademán de levantarse, pero Grey le indicó con la mano que volviera a sentarse y se giró para coger un taburete, esperando que los segundos ganados con el movimiento le permitirían recuperar la compostura.

Al descubrir que no era así, dedicó otro instante a abrir la ventana y se quedó junto a ella para aspirar un par de bocanadas del aire denso, húmedo y malsano, antes de volverse y tomar asiento a su vez.

—¿Cómo fue? —inquirió fingiendo despreocupación—. Me refiero a Beauchamp. ¿O es tan sólo un *nom de guerre*?<sup>6</sup>

—Oh, no. —Percy sacó su pañuelo guarnecido de encaje y se enjugó delicadamente el sudor del nacimiento del pelo, que estaba comenzando a receder, observó Grey—. Me casé con una de las hermanas del barón Amandine. El apellido de la familia es Beauchamp. Lo adopté. Ese parentesco me facilitó una cierta *entré*<sup>7</sup> en círculos políticos, desde los cuales... —Se encogió de hombros con finura e hizo un gesto lleno de gracia que abarcaba toda su carrera en la Cámara Negra, y, sin duda, en otras esferas, pensó Grey con gravedad.

—Mi enhorabuena por tu matrimonio —dijo Grey sin molestarse en ocultar la ironía de su tono—. ¿Con quién duermes, con el barón o con su hermana?

Percy parecía divertido.

—Con ambos, de cuando en cuando.

—¿A la vez?

La sonrisa se ensanchó. Sus dientes se conservaban bien, observó Grey, aunque estaban un poco manchados por el vino.

6. «Nombre de guerra», en francés en el original. (*N. de la t.*)

7. «Acceso», en francés en el original. (*N. de la t.*)

—A veces. Aunque Cécile, mi esposa, prefiere en realidad las atenciones de su prima Lucianne, y yo, personalmente, prefiero las atenciones del ayudante de jardinero, un hombre encantador llamado Émile. Me recuerda a ti... cuando eras más joven: delgado, rubio y brutal.

Consternado, Grey descubrió que tenía ganas de echarse a reír.

—Parece extremadamente francés —dijo, en cambio, con sequedad—. Estoy seguro de que es muy apropiado para ti. ¿Qué quieres?

—Se trata más bien de lo que quieres tú, creo. —Percy todavía no había tocado el vino. Cogió la botella y sirvió cuidadosamente el líquido rojo, que salpicó de oscuro las copas—. O quizá debería decir... lo que quiere Inglaterra. —Le tendió una copa a Grey sonriendo—. Pues uno difícilmente puede separar sus propios intereses de los de su país, ¿no es así? De hecho, confieso que siempre me pareció que tú eras Inglaterra, John.

Grey quiso prohibirle utilizar su nombre de pila, pero hacerlo sólo habría enfatizado el recuerdo de su intimidad, que era, por supuesto, lo que Percy pretendía. Decidió ignorarlo y tomó un trago de vino, que estaba bueno. Se preguntó si lo estaría pagando y, de ser así, cómo.

—Lo que quiere Inglaterra —repitió, escéptico—. ¿Y qué te parece a ti que quiere Inglaterra?

Percy tomó un sorbo de vino y lo retuvo en la boca, evidentemente saboreándolo antes de tragárselo.

—Eso no es ningún secreto, amigo mío, ¿verdad?

Grey suspiró y lo miró fijamente.

—¿Has visto esa «Declaración de Independencia» que el llamado Congreso Continental ha promulgado? —preguntó Percy.

Se volvió y, tras rebuscar en una bolsa de cuero que había colgado del respaldo de la silla, sacó un fajo de papeles doblados que le entregó a Grey.

De hecho, este último no había visto el documento en cuestión, aunque, claro está, había oído hablar de él. Lo habían publicado hacía sólo dos semanas, en Filadelfia. Sin embargo, las copias se habían extendido como matojos arrastrados por el viento por las colonias. Arqueando las cejas, lo desdobló y lo hojeó rápidamente.

—¿El rey es un tirano? —preguntó medio riendo ante lo escandaloso de algunos de los sentimientos más extremos expresados en el documento. Volvió a doblar las hojas y las arrojó sobre la mesa.

»Y si soy Inglaterra, supongo que tú eres la personificación de Francia a efectos de esta conversación, ¿no es así?

—Represento ciertos intereses allí —contestó Percy con suavidad—. Y en Canadá.

Eso hizo sonar algunas campanas de alarma. Grey había luchado en Canadá con Wolfe y era consciente de que, aunque los franceses habían perdido gran parte de sus posesiones en Norteamérica en aquella guerra,

seguían ferozmente atrincherados en las regiones del norte, desde el valle del Ohio hasta Quebec. ¿Lo bastante cerca como para causar problemas ahora? No lo creía, pero de los franceses no le habría extrañado nada. Ni de Percy tampoco.

—Inglaterra quiere que este disparate termine de prisa, así de claro. —Una mano larga y nudosa señaló el documento—. El ejército continental, como lo llaman, es una débil asociación de hombres inexpertos y de ideas en conflicto. ¿Y si estuviéramos dispuestos a proporcionarte información que pudiera utilizarse para... hacer que uno de los altos mandos de Washington fuera desleal?

—¿Y si lo estuvierais, qué? —replicó Grey sin hacer el menor esfuerzo por disimular el escepticismo de su tono—. ¿En qué beneficiaría eso a Francia, o a tus propios intereses, que me permito pensar posiblemente no sean del todo idénticos?

—Veo que el tiempo no ha suavizado tu cinismo natural, John. Uno de tus rasgos menos atractivos..., no sé si te lo mencioné alguna vez.

Grey lo miró abriendo un poco más los ojos, y Percy suspiró.

—Tierras —señaló—. El Territorio del Noroeste. Queremos que nos lo devolváis.

Grey soltó una risita.

—Estoy convencido de ello.

Francia había cedido a Inglaterra el territorio en cuestión, una extensa zona al noroeste del valle del Ohio, al término de la guerra entre los franceses y los indios. Sin embargo, Inglaterra no había ocupado el territorio, y había impedido que los colonos se expandieran en él debido a la resistencia armada por parte de los nativos y a la continua negociación de tratados con ellos. Tenía entendido que los colonos estaban disgustados por ese motivo. El propio Grey se había tropezado con algunos de dichos nativos y se inclinaba por considerar la postura del gobierno británico tanto lógica como honorable.

—Los traficantes franceses tenían fuertes vínculos con los aborígenes de la zona. Vosotros no tenéis ninguno.

—¿Los traficantes de pieles son algunos de los... intereses... que representas?

Percy sonrió abiertamente al oír eso.

—No el más importante. Pero una parte.

Grey no se molestó en preguntar por qué Percy acudía con ese tema a él, un diplomático ostensiblemente retirado y sin ninguna influencia en particular. Percy conocía el poder de la familia Grey y sus conexiones desde la época en que mantenían una relación de tipo personal, y «monsieur Beauchamp» sabía mucho más aún acerca de sus actuales conexiones personales por el nexo de información que alimentaba las Cámaras Negras de Europa. Grey no podía intervenir en el asunto, por supuesto, pero estaba bien

situado para presentar la oferta sin hacer ruido a quienes sí podían hacerlo. Sentía como si cada pelo de su cuerpo estuviera enhiesto como las antenas de un insecto, alertas ante cualquier peligro.

—Querríamos algo más que una insinuación, por supuesto —indicó con gran frialdad—. El nombre del oficial en cuestión, por ejemplo.

—Ahora mismo no estoy autorizado a revelarlo. Pero una vez se haya abierto una negociación de buena fe...

Grey se estaba preguntando ya a quién debía presentar esa oferta. A sir George Germain, no. ¿A la oficina de lord North? Sin embargo, eso podía esperar.

—¿Y tus intereses personales? —preguntó, incisivo. Conocía a Percy Wainwright lo suficiente como para saber que algún aspecto del asunto lo beneficiaría personalmente.

—Ah, eso. —Percy tomó un sorbo de vino, luego bajó la copa y miró límpidamente a Grey a través de ella—. En realidad se trata de algo muy sencillo. Me han encargado que encuentre a un hombre. ¿Conoces a un caballero escocés llamado James Fraser?

Grey notó que el pie de su copa se rompía. Sin embargo, siguió sujetándolo y tomó con cuidado un trago de vino, dándole gracias a Dios, en primer lugar, por no haberle mencionado nunca a Percy el nombre de Jamie Fraser y, en segundo, porque Fraser se hubiera marchado de Wilmington esa misma tarde.

—No —repuso con calma—. ¿Qué quieres de ese tal señor Fraser?

Percy se encogió de hombros y sonrió.

—Sólo un par de cosas.

Grey sentía brotar la sangre de la palma lacerada de su mano. Juntando cuidadosamente los dos trozos de cristal roto, se bebió el resto del vino. Percy guardaba silencio, bebiendo con él.

—Mis condolencias por la pérdida de tu esposa —dijo entonces Percy en voz baja—. Sé que ella...

—Tú no sabes nada —espetó Grey con aspereza. Se inclinó hacia adelante y dejó el cristal roto sobre la mesa. La copa rodó de un lado a otro, los posos del vino bañando el cristal—. Nada en absoluto. Ni sobre mi mujer, ni sobre mí.

Percy elevó los hombros en el más imperceptible de los encogimientos galos. «Como quieras», decía. Y, sin embargo, sus ojos —eran todavía bellos, maldita sea, oscuros y cálidos— seguían fijos en Grey con lo que parecía genuina simpatía.

Grey suspiró. Sin duda era genuina. No se podía confiar en Percy, jamás, pero lo que había hecho lo había hecho por debilidad, no por malevolencia, ni siquiera por falta de sentimientos.

—¿Qué quieres? —repitió.

–Tu hijo –comenzó Percy, y Grey se volvió de repente hacia él.

Agarró a Percy del hombro con fuerza suficiente como para que el hombre soltara un grito sofocado y se pusiera rígido.

Grey se agachó, mirando a la cara a Wainwright –perdón, a Beauchamp–, tan cerca que sintió el calor de su aliento en la mejilla y olió su agua de colonia. Estaba manchando el abrigo de Wainwright de sangre.

–La última vez que te vi –dijo Grey en voz baja–, estuve a un centímetro de meterte una bala en la cabeza. No me des motivos para lamentar haberme contenido. –Lo soltó y se irguió–. Mantente alejado de mi hijo..., mantente alejado de mí. Y si quieres un consejo bienintencionado..., vuélvete a Francia. De prisa.

Dio media vuelta y salió, cerrando firmemente la puerta tras de sí. Había recorrido la mitad de la calle antes de darse cuenta de que había dejado a Percy en su propia habitación.

–¡Al diablo con todo! –dijo entre dientes.

Y se fue, pisando muy fuerte, a rogarle al sargento Cutter que lo alojara por esa noche. Por la mañana se aseguraría de que la familia Fraser y William estuvieran todos a salvo lejos de Wilmington.

## 2. Y OTRAS, NO

*Lallybroch*

*Inverness-shire, Escocia*

*Septiembre de 1980*

–«Estamos vivos»... –repetía Brianna MacKenzie con voz trémula. Miró a Roger, oprimiendo el papel contra su pecho con ambas manos. Las lágrimas se deslizaban por su rostro, pero una luz maravillosa brillaba en su ojos azules–. ¡Vivos!

–Déjame ver. –El corazón le martilleaba con tanta fuerza en el pecho que casi le impedía oír sus propias palabras. Estiró una mano y ella, de mala gana, le entregó la hoja apretando su cuerpo contra él, aferrándose a su brazo mientras leía, incapaz de apartar los ojos de aquel pedazo de papel antiguo. Era agradablemente áspero al tacto de sus dedos, papel hecho a mano, con pedacitos de hojas y flores prensados entre sus fibras. Amarillo por el tiempo, pero aún resistente y asombrosamente flexible. Lo había hecho la propia Bree, más de doscientos años antes.